

taca toda la masa de la iglesia sobre las tres alas del convento construido de ladrillo y mampostería concertada, cuya combinación se armoniza perfectamente con el follaje del jardín que asoma por detrás de las altas cercas.

El interior de la iglesia es de una sola nave sin capillas. Las paredes se hallan ocupadas en su parte inferior por un banco corrido con elevado respaldo y en la superior, entre columnas empotradas, por los ventanales con vidrieras de colores que van á redondear el ábside en espléndida corona. El techo artesonado á doble pendiente está sostenido por arcos. Consiste el altar mayor en un sencillo templete gótico, cuyo principal ornamento es el mismo color del cedro que no desdice del conjunto.

Tan notable obra abierta al culto en 1875, es debida al ya nombrado arquitecto D. Juan Martorell, quien empezó á revelarse en ella excelente constructor y artista de sentimiento y de inspiración verdadera.

Volviendo desde la Universidad en dirección á mediodía para acabar la vuelta por el Ensanche á la ciudad antigua, observaremos que se tiende en declive hasta encontrar el mar, en el muelle de San Beltrán, y las rápidas vertientes del Montjuich, un apiñado caserío de aspecto industrial, donde se alberga especialmente la clase obrera y artesana que tiene sus talleres en las calles del Arrabal. Lo cruzan calles desahogadas siguiendo el mismo plan que en el resto de la ciudad nueva; mas en las vertientes de la montaña y en lo que fueron Huertas de San Beltrán se escalonan dos barriadas llamadas de Santa Madrona y Poble Sech, de calles estrechas y aspecto pobre. La gran vía del Marqués del Duero, que, como hemos indicado al comienzo de nuestra descripción, parte de la Plaza de la Paz, atraviesa en sentido transversal toda esta zona, comunicando directamente el puerto con la carretera real de Madrid y con las poblaciones de la parte alta del llano del Llobregat.

Á la salida de la calle de la Puerta de San Antonio y limitada por las calles de Manso, Borrell, Tamarit y Urgel, se ve una

magnífica construcción de hierro, el Mercado de San Antonio, que sustituye al antiguo del Padró, sirviendo á un tiempo las necesidades de la parte antigua y moderna de aquel extremo de la ciudad. Se compone el mercado de dos grandes crugías que se cortan perpendicularmente en sentido diagonal á la planta, presentando cuatro frontis en los cuatro chaflanes y dejando otros tantos patios triangulares de servicio. La construcción es de mampostería, hierro y cristal, que se combinan á maravilla con la mayólica y los azulejos. El punto de intersección de las dos naves forma una rotonda cubierta por una cúpula que á su vez sustenta una linterna rodeada exteriormente de calada barandilla y surmontada de una artística corona de hierro. Fué dirigida esta obra por el arquitecto municipal Sr. Rovira y Trías y ha corrido á cargo de la importante fundición «La Maquinista Terrestre y Marítima», que dirige D. José M.<sup>a</sup> Cornet y Mas, ingeniero.

Como hemos indicado, en lo que fueron Huertas de San Beltrán, lugar memorable por los recuerdos históricos que encierra, van levantándose nuevas casas que se encaraman por la ladera de la montaña, donde se han abierto grandes desmontes. También allí, como en el extremo opuesto de Barcelona, en el Parque, el esfuerzo de la vida moderna ha realizado una completa transformación. Las apacibles huertas entre cuyos grupos de higueras asomaban las rústicas paredes de las casas de labranza formadas de tapia y de carcomida madera, y donde sólo se oía el sordo rechinar de la noria que dejaba caer perleando el agua en la alberca, van desapareciendo enterradas por los terraplenes y los escombros que dibujan en su fondo verde negruzco las futuras calles. La proximidad de los nuevos muelles de San Beltrán levanta allí almacenes de primeras materias y establecimientos industriales, cubriendo á todo lo que les rodea con aquel velo oscuro con que el carbón de piedra pone su sello á la moderna industria. Aumenta el tono triste de estos sitios la línea de viejos muros de Atarazanas, último resto de la forti-

ficación de Barcelona que queda en pié, y la sombra que proyecta la grande mole del Montjuich, que á pesar de la roedura de tantos siglos de explotarse sus canteras, se levanta enhiesto y avanzando hacia el mar su costa escarpada,

*..... com una inmensa prova  
navegant vers l'Orient.*

También ese coloso, eterno vigilante de la ciudad, va cambiando el vestido que cubría sus espaldas. Si por una parte la mano del hombre ha ido cortando aquellos estrechos barrancos, donde entre la yerba y el follaje, manaban claras fuentes; por el lado que mira al mar, ha suspendido amenos hoteles y lugares de recreo en la escarpada ladera; y lanzando al pié de las rocas donde batían las olas su cabellera de espumas, los enormes bloques extraídos de sus entrañas, ha formado ancho muelle cruzado por la vía ferrea de Villanueva y concurrido de embarcaciones. Más allá los inaccesibles riscos de *Roca Tallada* han sido cortados verticalmente, y donde sólo anidaban las gaviotas pasan ahora en dos cintas paralelas el camino de hierro y la carretera.

Si desde el pié de la montaña subimos á la cima, donde asienta sus murallas y baluartes el férreo castillo, gozaremos de un panorama incomparable, y comprenderemos el caudal de vida que se ha derramado por ese vasto llano, antes campo feraz donde el labrador señoreaba empuñando el arado, rústico cetro con que rige la fecunda tierra.

Una inmensa extensión de edificios llena todo el espacio visible, uniendo en una sola y vasta metrópoli lo que antes eran varias poblaciones. Sólo en esa monótona masa de color gris se destacan por el color del tiempo, los campanarios de la Catedral, las torres de Santa María, el elevado cimborio de San Agustín y por sus manchas verdes el Parque y las avenidas del Ensanche. Por el lado del mar aparece el puerto como pintado de rojo sobre un fondo azul, y entre sus anchos brazos se agrupan las

embarcaciones, inclinándose hacia su seno como si quisiesen librarse en el regazo de la ciudad de la procelosa fuerza del líquido elemento.

Mirada desde esa altura, aparece Barcelona recostada en vasto anfiteatro que recuerda sus glorias de ayer alumbradas por los albores de un venturoso porvenir. Las venerables torres de sus antiguos monumentos, que sintetizan todo su pasado; las accidentadas sierras que la rodean, en cuyos tranquilos valles y elevadas cumbres resuenan los poéticos nombres de Pedralbes, Vall d' Hebrón y la Murtra, San Pedro Mártir, Tibidabo y Moncada; la silueta del viejo Monseny que

*Com guarda vigilant, cubert de boyra e neu,*

se divisa entre la neblina del Norte; el mar con sus cambiantes de cerúlea luz; responden al unísono á la voz de la historia que suscita gloriosos recuerdos y aviva los más brillantes cuadros de antiguos anales. Y ese mismo conjunto animado por el rumor vago que sube de la ciudad industrial; ese mismo cuadro velado á trechos por el humo de las altas chimeneas, modernos obeliscos erigidos á la gloria del trabajo; el mismo mar que antes sustentara la galera de guerra, monstruo de cien brazos, hoy surcado por los vapores de hierro, almacenes flotantes que llevan en su seno los productos de todos los países; las magníficas avenidas, marcando con sus líneas de follaje el sitio donde apoyaran su gigantesco pié las pesadas torres y macizas murallas; esa alianza, esa continua unión de la ciudad con el campo, que se estrechan hoy mutuamente en indisoluble lazo cuando antes los separaron formidables barreras; todo viene á proclamar el triunfo de la era de paz y de trabajo que ha sonado para Barcelona, precursora, sin duda, de su completa regeneración.